

A S Í

E D U A R D O W I L D E

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
elaleph.com

© 2000 Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

El amor es un tema universal y eterno, y ningún tratado de filosofía ni de moral me prohíbe ocuparme de lo universal y de lo eterno.

Graciana tenía las manos ásperas y coloradas; había lavado mucho en su vida, lo que no le impedía tener quince años y un corazón sensible.

Tenía, además, ojos, boca, nariz y frente, como muchas personas de su sexo; pero estas facciones y otras más en ella, se habían tomado la libertad de ser excesivamente bellas.

La oreja, por ejemplo, era inimitable, bien doblada, chica y ligeramente sonrosada.

No tenía aros, ni agujeros en qué meterlos. Estos descuidos, dignos del más justo reproche, fueron debidos a dos causas, una moral y otra física. La primera su pobreza; la segunda, el que su madrina, la única abridora de orejas que había en su pueblito, había sido atendida de una simple irritación de los párpados por un célebre oculista y naturalmente, había quedado ciega.

Añadía Graciana a sus encantos un cabello que era un trigal maduro, unas cejas arqueadas y finas, un color de luna disuelta en leche, y unos dientes

tan lindos que cualquiera al mirarlos deseaba en su fuero interno ver a la niña convertida en perro y ser mordido por ella.

A lo menos, tal fue el primer cumplimiento que le dirigió Baldomero Tapioca, estudiante de medicina, ambulante.

La niña se rió de semejante ocurrencia.

Era italiana.

No necesitaba ser italiana para reírse, pero ustedes comprenderán que tampoco eso era un obstáculo.

Baldomero estaba perdidamente enamorado de Graciana y de otras varias jóvenes; así se lo dijo un día, suprimiendo lo referente a las otras jóvenes, en lo cual obró con una prudencia sorprendente en su edad, pues sólo tenía veinte años.

La proporción de edades había sido ya discutida. Arreglado este punto, no quedó pendiente sino el de la correspondencia de sentimientos, destinados a ser resuelto en otra correspondencia, la epistolar.

Y aquí me es forzoso decir, sin ofensa para nadie, que en esta última Baldomero abusó de los términos técnicos y Graciana maltrató ho-

rriblemente a la ortografía, pues jamás escribió "yo te amo" sin ponerle una h en alguna parte.

Sólo dos ejemplares poseo en mi archivo, rico en autógrafos históricos, de las cartas cambiadas entre estos célibes, y voy a transcribirlas en beneficio de la humanidad literaria.

Baldomero a Graciana:

Ángel hipertrófico, es decir, magno: la arteria coronaria de mi corazón se cierra apenas mi retina percibe los músculos risorios de tu boca, y mi tórax se siente atacado de angina péctoris. ¡La circulación cardiaca se detiene, y turgencias espasmódicas forman protuberancias en mis órganos! Espérame a las siete post meridianum, en el anfiteatro de nuestros amores. Tuyo, como del hombre el pensamiento,

Firmado: *BALDOMERO TAPIOCA*

Graciana a Baldomero:

¡My Mahma thi N. do Lorde uuellhas man! ¿
Damée huna me de Zyna perro ke seya güena?
Tulla,

Firmado: *G. RASS Y ANA*

Hay jóvenes capaces de todo en su aturdimiento, hasta de amar a una muchacha que escribe su nombre como una firma social. En ese caso estaba Baldomero, tal vez porque no buscaba la ortografía en los besos sabrosos, encantadores, frescos y con olor a violetas, de los labios de su ángel hipertrófico.

Yo confieso francamente que aun cuando hubiera sido maestro normal y profesor aburrido de gramática anestésica, en viendo a Graciana me habría arrojado a sus pies, no sólo olvidando la ortografía, sino también la analogía, la sintaxis y la prosodia.

¿Qué gramática ni qué ortografía supo la fecunda Eva, joven analfabeta y robusta, cuando sedujo a su paisano Adán, mozo sin vicios y soltero, prefiriéndolo nada menos que al Padre Eterno?

Y si se explica la preferencia de Eva por razones de edad, análogos incentivos debió tener nuestro padre Adán, que en paz descansa, para no detenerse en detalles pedagógicos, tratándose de una vecina guapa, tentadora y resuelta, en aquellas soledades del Paraíso terrenal.

Graciana no experimentó las dificultades de la elección entre Baldomero y el Padre Eterno, tal vez

por no haberse presentado este último a solicitar sus favores.

Amó a su amigo Baldomero con una pasión italiana, sancochada, hervida, calcinada al calor de un sol americano, y el joven estudiante supo corresponderle con todo el ardor de un potro salvaje.

Los dos amantes se daban cita en los parajes más inopinados, y no hubo sección de territorio en la comarca donde no resonaran sus besos recíprocos e irreflexivos.

¡Pobre Graciana! Las altas horas de la noche la encontraban sin dormir tramitando sus impresiones, y la luz del alba, cuando entraba por las rendijas de la endeble ventana, sorprendía sus pupilas mirando al infinito a través de las paredes de su cuarto desmantelado.

Su cama sencilla, estrecha, inmaculada y dura, amanecía revuelta, tras de una noche de insomnio en que la linda muchacha, buscando posiciones para conciliar el sueño, sólo hallaba inquietudes con sus inacabables meditaciones.

Y a la hora de levantarse, cuando tomaba su alimento, al comenzar o concluir cualquier ocupación, en fin, en todos los momentos de su vida,

ahí estaba el agudo y delicioso tormento de su amor, torturándole el alma con remordimientos vagos y acariciándole el corazón con suavísimas voluptuosidades.

Con todo esto, un tinte melancólico se había extendido en su rostro: sus ojos, antes alegres, apagaban su luz para armonizar con las sombras de sus párpados cansados, y un nuevo género de belleza menos aldeana, se instalaba en sus facciones.

La familia y las vecinas comenzaron a notar estas mudanzas y la tierna apasionada sufría el tormento de mil interrogaciones diarias, sólo soportables en nombre de su talismán, su grande, noble y desinteresada locura, su abnegada y generosa entrega sin condiciones y sin esperanzas de futuras legitimidades.

En su delirio, los ensueños de su fantasía la transportaban a una eternidad de felicidades, en una morada celeste, donde se aspiraba el perfume del amor fragante, y donde, en medio de las melodías más inefables, se oía claro y distinto el nombre de su amante.

Porque la suave Graciana, triste es decirlo, había llegado a imaginarse que la palabra Baldomero era poética y melodiosa.

La música, en lugar de calderones, semicorcheas, fusas y bemoles, sólo contenía para ella Baldomeros; la pintura, la escultura y las letras sólo ofrecían cuadros, estatuas o poemas perfectos, cuando tomaban por héroe o por objeto algún trasunto fiel de Baldomero.

Y Baldomero, por su lado, bautizaba con el nombre de Graciana cuanta belleza soñaba o veía.

Algunos meses pasaron en estos devaneos, a los cuales pusieron término, graves acontecimientos dolorosos, prosaicos y mundanos.

Una mañana entré a la sala de San Ramón, en el hospital de mujeres, y fui informado por la hermana en turno de que el número 18 había entrado la noche anterior...; todo había pasado bien, pero tenía actualmente cierto malestar...

Fui a ver al número 18 y lo encontré pálido, demacrado, inquieto. El número 18 era una muchacha muy joven, bonita a pesar de su estado, y sumamente interesante en su triste situación.

-¿Qué le duele, niña? -le pregunté.

-No sé - me contestó.

-¡Cómo no sé!

-¡Así!

-¿De dónde ha venido?

-Me han traído anoche.

-¿Cómo se llama?

-Graciana.

-¿Graciana? (¡Todos los cuadernos y libros de un compañero mío tenían escrito en cada hoja el polisílabo "Graciana" con diferentes caligrafías, y yo sabía que él mostraba siempre su constancia amorosa escribiendo el nombre de su amada en todas partes, hasta en el recetario!)

-¿Graciana de qué? -seguí, reanudando el diálogo.

-Graciana, no más.

-¿No tiene nombre su padre?

-Así.

-¡Así! ¡Así! ¡Así! No entiendo. (¡Pero decía así con tanta gracia y con una boca tan linda y tan triste!) Bueno, pobre niña ... así... veamos... ¿dónde le duele?... ¿aquí? ... ¿aquí... -le dije palpándole con toda delicadeza el vientre.

-¡Sí! ¡Ahí a la derecha, ahí!

La examiné detenidamente y después de un momento de reposo, le pregunté, tuteándola, y con intención paternal:

-Dime Graciana ¿conoces un estudiante que se llama Baldomero?

La niña soltó un grito ahogado, se llevó las manos a la cara y se puso a llorar amargamente, como no he visto llorar a nadie.

Yo soy muy atento y me gusta armonizar con la gente; yo también me puse a llorar, pero con más método y menos ruido que ella.

-¡Vamos, no hay por qué llorar! -dije, secándome los ojos-. Te voy a dar ahora un medicamento y vas a tratar de no afligirte.

¡Qué desagradable es tomar cariño a un enfermo de hospital! Allí la democracia es, absoluta, no hay preferencia ni distinciones, y el afecto, por lo tanto, no encuentra formas legítimas para manifestarse.

La verdad es que yo sentía un interés indudable por el número 18 y que su estado me inquietaba sobremanera. No podía quedarme mucho tiempo a su lado porque no era prudente; pero me quedaba siempre lo bastante para irme intoxicando lentamente con su belleza y con el excitante de su pequeño romance. Ella también era cariñosa conmigo, por gratitud, creo. Me miraba más tiempo que el necesario a cada pregunta, y cuando me daba su mano para dejarse tomar el pulso, era con cierto

abandono confiado, como quien no duda de una tierna acogida.

-Graciana -le dije un día - ¿hace mucho tiempo que no lo ves?

(Imprudente, dirá el lector. No, por cierto; sólo quería procurarle el medio, al provocar su confianza, de frotar suavemente la herida de su alma, lo que es siempre un alivio).

-Dos meses - me contestó.

-¿Y por qué no lo has visto en dos meses?

-Así...

-¿El no te ha buscado?

-¡Sí, que me ha buscado!

-Y entonces, ¿por qué has dejado de verlo?... ¿no quisiste tú o no podías?...

-Así- -dijo, y ¡vuelta a llorar!

Yo tenía que llenar esos así, tan conceptuosos para ella, con mi sola fantasía, y no pudiendo adelantar gran cosa con mis exámenes, me retiraba desolado, atormentado, tristísimo.

Entre tanto el número 18 seguía muy mal. Todas las prescripciones del médico eran impotentes, todos mis cuidados inútiles.

A los ocho días de su entrada al hospital, la desgraciada joven murió víctima de una infección.

Cuando la vi muerta sentí que me arrancaban algo dentro del pecho. Jamás he visto cadáver más lindo. Sus facciones afiladas por la fiebre y los sufrimientos, habían tomado una delicadeza extrahumana. Su pelo rubio, derramado sobre la almohada, era el marco de oro de su rostro inocente, tranquilo, estático, modelados en su última expresión.

El cuerpo de la pobre criatura, liviano, elegante y airoso, a pesar de la muerte, cupo en un pequeño cajón, el más fino y más blanco del depósito; yo lo elegí para ella y yo mismo la coloqué en él.

Después de clavado, escribí en la tapa con mi mejor letra: "Así...

A los pocos días encontré a Baldomero en la calle, muy flaco, muy pálido, muy decaído. No se le había visto en clase ni en los hospitales por mucho tiempo.

-He estado enfermo -me dijo.

-No lo he sabido; pero ahora estás bien, ¿verdad?

-Sí, mejor.

Nos miramos un momento con aire de recíproca interrogación. Yo corté la escena diciéndole:

-¿Tienes tu cartera? Dámela un momento.

Me la dio; saqué mi lápiz y puse en una de las hojas estas tres letras: Así.

Él miró la palabra, levantó los ojos con asombro y encontrando en los míos no sé qué expresión, dio vuelta a la cara para ocultarme sus lágrimas.

Lo tomé del brazo y trabé con él una dolorosa conversación.

-¿Dónde está? - me dijo.

-No sé. (Me pareció cruel darle la triste noticia).

-¿Cómo sabes eso de: Así?

-Por una casualidad, ya te lo contaré. ¿Y tú no la ves?

-No la veo desde hace más de tres meses.

-¿Por qué?

-Porque no sé dónde se ha ido. Salió de casa de su madre, vieja perversa; se fue a casa de una amiga y después no sé dónde, sin decir nada. Desde los primeros meses... ¿sabes?... me había tomado un odio mortal, no me podía sufrir; en vano hacía todo yo por contentarla. Me huía como al peor enemigo; creo que estaba histérica. Por fin se fue; yo me enfermé de pena, te lo juro, porque la quería y la

quiero con toda mi alma; estaba dispuesto a casarme con ella, a pesar de la familia y de todo...

-Bien, bien, tienes tiempo para casarte; ¿y querrás mucho a tu hijo?

-¿A mi hijo?

-Sí, pues, a tu hijo. ¡Ya conversaremos de eso!

Desde ese día fuimos inseparables Baldomero y yo. La palabra "así fue nuestra fórmula para todas las cuestiones: ¡un verdadero amuleto! Y muchos meses después, muchos, cuando su pasión se había dormido y su corazón se hallaba más sereno, le conté todo, ¡todo!